

Sacramento: el peso del silencio

Por Juan Ramón González Naranjo

Santa Clara, ciudad capital de la provincia de Villa Clara, es, para lo bueno y lo malo, una de las ciudades más estridentes de nuestro país. Quienes la visitan y discurren por su área más concurrida, el parque Leoncio Vidal, en pleno centro citadino, se percatan inmediatamente del gran bullicio que reina en todas partes. Ruidos y movimiento, dinamismo trepidante, sonidos urbanos de todo tipo por doquier: voces humanas, carcajadas, niños escandalosos, ruidos mecánicos, autos, guaguas, una verdadera sinfonía urbana insólita para una ciudad tan pequeña. Y si el caminante se desplaza hacia los barrios, la periferia, «el otro lado», escuchará de inmediato palabras musicalizadas y de alto registro vocal surgidas en las prodigiosas gargantas de los vendedores callejeros. Pero este rico empaste sonoro no es ingrato, más bien se agradecen tantos ecos exultantes, que dan fe de una ciudad vital, hospitalaria, cordial... y alegre. Múltiples artistas de la ciudad han registrado en sus respectivos imaginarios creativos esta realidad santaclareña: poetas y novelistas, músicos de variados registros temáticos, coreógrafos y pintores, todos, en fin, dando testimonio de la asombrosa policromía sonora de la ciudad. Sin embargo, encontramos en este contexto a un artista cuya obra, y su propia personalidad, contrastan con los ejercicios artísticos precedentes. Se trata de un fotógrafo que a lo largo de varias décadas ha practicado, silenciosa y obstinadamente, una batalla campal con las luces y las sombras a través de las sales de plata primero y los píxeles después, alguien que pudiera parecer un mago o un alquimista y en cambio es una de las personas más humildes y modestas que pueblan este universo de creadores comarcanos. Eridanio Sacramento es, precisamente, un fotógrafo notable caracterizado por su parquedad comunicativa, que apenas se delata en el intercambio verbal gracias a su registro moderado y bajo. Si glosamos a Fina García Marruz, quien a propósito de Chaplin dijo que «no le falta el sonido, tiene el silencio», así pudiéramos decir de nuestro artista: no le falta el sonido, tiene la luz. Viene a nuestra memoria poética un altísimo verso del malogrado poeta Heriberto Hernández: «En este cuarto pesa demasiado la luz»;

esto nos hace pensar en la siguiente derivación: en estas fotos de Sacramento pesa demasiado el silencio.

La obra fotográfica de Eridanio Sacramento nos sumerge en un mundo de paradojas que el mismo creador no se molestaría en explicar. No obstante, llama nuestra atención conocer que, pese a no poseer una formación artística académica, practica un arte elegante y sofisticado; cautiva la mirada del espectador sensible que aprecia las sutilezas en el uso de matizados recursos estilísticos que parecen propios de pintores acreditados; sorprende a fotógrafos de prestigio internacional mediante el uso de materiales y tecnologías que parecían desterradas de la contemporaneidad. A lo largo de varias décadas Sacramento ha prodigado su imaginación y buen gusto visual en una notable variedad de exposiciones personales. Es notable la agudeza de su mirada, que atrapa lo insólito dentro de lo cotidiano, no con el propósito de fijar caprichosas rarezas, sino para enseñarnos a observar con mirada prístina las bellezas del mundo que nos rodea. También lo delatan (o lo revelan, para usar un término técnicamente fotográfico) los títulos de sus exposiciones: Retratos de ciudad, Cazador de luz, Paisajes inciertos. El artista, demiurgo sincero y honesto, no oculta sus fines, los transparenta a lo largo de una poética callada y respetuosa, consustancial a la propia personalidad del autor. Acierta pues uno de sus curadores cuando afirma que: «Desde la antológica exposición Luces de mi ciudad, organizada en el Museo Provincial de Historia en los noventa, sus visiones arrojan tejados, calles, ventanas, relámpagos y personas como cómplices de una trama que tiene tanto de soledad, de olvido y de esperanza como de poesía». Si acaso fuera necesario, cabría preguntarnos: ¿cuál es la razón personal de ser de Sacramento como fotógrafo, o artista fotográfico, frente a la Fotografía como sistema artístico específico? Cualquier artista se hace esa pregunta en algún momento de su vida, y Sacramento resuelve este enigma con la respuesta más sabia, que es la más sencilla: «La protagonista de la fotografía es la luz. Sin ella no existe la fotografía». Posiblemente el problema fundamental es que la fotografía se enfrenta a una realidad «encontrada». John Berger, en su libro sobre las propiedades del retrato fotográfico, distingue la «instantánea» de la fotografía «compuesta», descalificando a esta última por su falta de espontaneidad. No se alarma nuestro fotógrafo con esta

advertencia; de hecho, es oportuno destacar que el retrato humano (rostro, cuerpo, traje) apenas aparece a lo largo de su obra, y sus escasas muestras son de menor interés. La otra realidad, la que encuentra (al azar, pero también perseguida, que también se vale en este sistema creativo), es la base primigenia de toda su trayectoria artística.

Por andares misteriosos y no menos subyugantes vías paralelas hay en las obras artísticas de Sacramento curiosas coincidencias con los sistemas clasificatorios presentes en diversos campos de la ciencia, tales como la entomología o esa rara conjunción de ciencia y arte que es la numismática. Nuestro fotógrafo -y acaso él mismo no está del todo consciente de serlo- es un cronista del tiempo presente y de nuestros andares... y nuestros silencios, múltiples, innumerables, infinitos silencios. Resulta odioso, pero inevitable, buscar equivalentes o pariguales entre otros maestros del lente. Este es un recurso muy cómodo que se aplica en todas las artes (las comparaciones suelen ser las excusas de los críticos pobres, diríamos), pero en la fotografía, terreno menos propicio para los buenos intérpretes, se practica con bastante regularidad esta tendencia. Sacramento, digámoslo de entrada, no imita a ningún artista, pero resulta inevitable recordar a algunos «viejos» maestros que él ha estudiado meticulosamente, tales como Ansel Adams, Eugene Atget o Brassai, entre otros. Aferrarse a añejos paradigmas no es síntoma de acomodaticia conformidad, pues las búsquedas más avanzadas también lo distinguen a pesar del intrincado tránsito por las vías de la información contemporánea. Cronista visual de la ciudad es un título que pudiera aplicarse a Sacramento, pero esto no sería del todo exacto. Intérprete de una «otra» ciudad sí se le puede consignar como calificativo; calles nocturnas y desiertas abocadas al silencio, vetustos techos de tejas, ríos llenos de desperdicios, entre otros temas y argumentos; se trata, en definitiva, de una especie de personalísima interpretación fotográfica del «arte povera», pero también del arte minimalista, por la simplicidad de sus elementos, y además, por qué no, del arte conceptual, donde las interpretaciones se desdobl原因an o se solapan. En términos de discurso artístico la obra de Sacramento me recuerda las pinturas paleolíticas de Altamira: emergen tantos significados en aquellos bisontes que ni por asomo pasaron por la mente de los humanos del Paleolítico;

tantas noticias, tantos avisos, tantas advertencias sobre la necesidad de estar atentos, como diría Eliseo Diego; esta es la noble razón de ser en la ya caudalosa obra fotográfica de Eridanio Sacramento, un artista que compone la cantata visual de una ciudad que de tan pequeña parece campo, pero que es vasta a la vez, ciudad pequeña y ruidosa, sí, pero con recovecos de silencios que este artífice de las sombras y la luz ha domeñado para alegría del patrimonio social y cultural que vamos siendo.